



“Cincuenta años de exploraciones y cartografía jesuíticas (1683-1734): hacia la recuperación de la imagen peninsular de California”

p. 103-132

Miguel León-Portilla

*Cartografía y crónicas de la Antigua California*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

210 + X p.

Figuras

ISBN 968-36-8969-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/249/cartografia\\_cronicas.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/249/cartografia_cronicas.html)

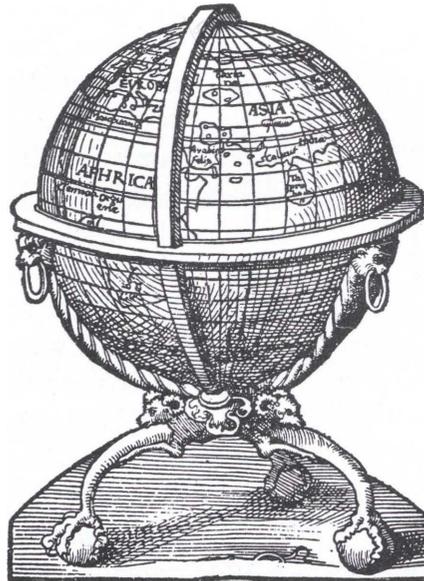
D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



V

CINCUENTA AÑOS DE  
EXPLORACIONES Y CARTOGRAFÍA  
JESUÍTICAS (1683-1734): HACIA LA  
RECUPERACIÓN DE LA IMAGEN  
PENINSULAR DE CALIFORNIA





En esta historia de tan repetidos intentos y, por mucho tiempo, de tan limitados éxitos en la exploración de California, ocupan lugar especial los misioneros jesuitas. Estos, desde fines del XVI, habían iniciado sus labores en el noroeste de la Nueva España. En 1591 comenzaron a trabajar entre los indígenas de los ríos Mocorito y Petatlán en Sinaloa. De allí avanzaron, paso a paso, hacia las comunidades nativas establecidas en las márgenes de los ríos Fuerte, Mayo y Yaqui. Hacia 1640 su presencia se dejaba sentir en las nuevas misiones cercanas al río Sonora. En las siguientes décadas la empresa jesuítica iba a penetrar en las Pimerías. Al oriente, es decir hacia la Sierra Madre y más allá, también habían ido fundando numerosas misiones en territorio de los actuales estados de Durango y Chihuahua.<sup>1</sup>

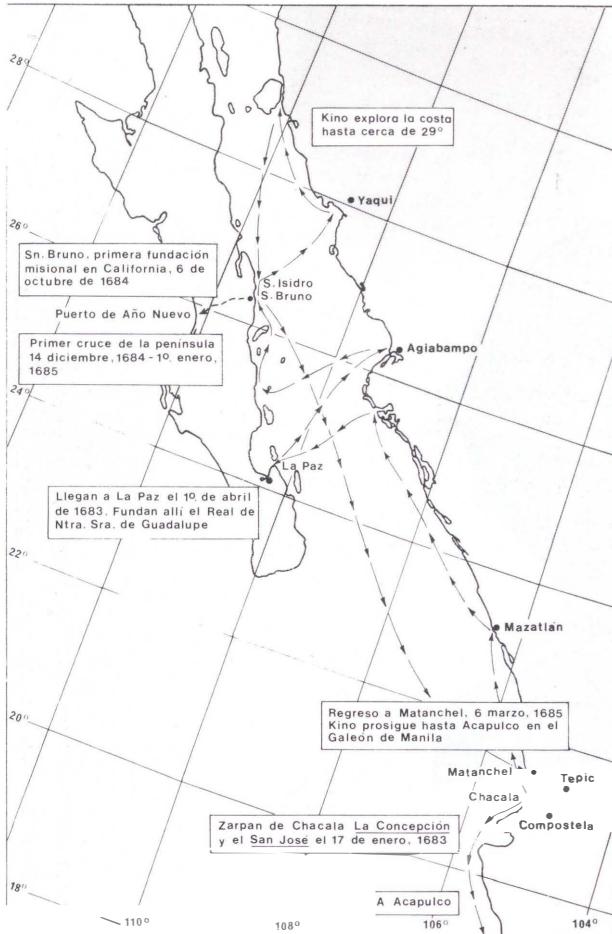
Sobre todo en sus centros de evangelización más cercanos a las costas de Sinaloa y Sonora comenzaron a sentirse atraídos los je-

suitas por la idea de pasar a California. De hecho, en las expediciones de Pedro Porter y Cassanate (1648-1649) algunos jesuitas, misioneros en Sinaloa, se habían embarcado con la intención de valorar las posibilidades de ampliar su acción a California.

Como vamos a verlo, con el célebre Eusebio Francisco Kino iba a iniciarse en 1683 una serie de exploraciones que resultarían en la penetración permanente y definitiva en esa península que tan hostil había sido al establecimiento de forasteros. Más aún, por obra de los jesuitas, que llegaron a implantar allí un régimen sui generis, ese gran territorio no sólo comenzó a ser colonizado, sino que, en buena parte, se exploró detenidamente hasta precisar su perfil geográfico. Frutos de las exploraciones llevadas a cabo por jesuitas fueron numerosas relaciones e informes de contenido etnográfico y asimismo de gran interés zoológico y geográfico.<sup>2</sup> A varios de los miembros de esa misma orden religiosa se debieron

<sup>1</sup> Acerca de los orígenes y progresos de las misiones jesuíticas en el noroeste de México, véase: Gerardo Decorme, *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial*, 2 v., México, Robredo, 1941, t. II: Las misiones.

<sup>2</sup> Sobre los principales cronistas de la California, véase: Miguel León-Portilla, "Estudio preliminar", a Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la antigua California*, México, UNAM, 1973, p. xxxii-xlii.



**Figura 56.** Las expediciones de Isidro de Atondo y Eusebio Francisco Kino (1683-1685).

también mapas, algunos, como los de Kino, de muy grande interés.

#### *La expedición del almirante Isidro de Atondo y Antillón. Participación de los jesuitas Kino, Goñi y Copart (1683-1685)*

Afortunada circunstancia fue que la llegada a México de Eusebio Francisco Kino (1645-1711), coincidiese con el lapso en que se estaba organizando una nueva y, según se decía, muy bien planeada expedición a California. Kino, que había hecho sus estudios en la Universidad de Ingolstadt, además de los eclesiásticos, había cursado allí cartografía, matemáticas, geografía y cosmografía. Embarcado, en plan de misionero con destino a México, llegó a la capital del país, casi a mediados de 1681.

La expedición que por ese tiempo iba a emprenderse a California había sido confiada al almirante Isidro de Atondo y Antillón que fungía como gobernador de Sinaloa. Atondo, desde 1679, había recibido la aprobación real y, con ella, el apoyo que se requería. Pronto

se comenzó la construcción de tres embarcaciones en Nío, misión jesuítica en las riberas del río Sinaloa. En la mente de Atondo estaba llevar consigo algunos misioneros jesuitas.

Kino, que poco después de su llegada a México, estuvo dedicado a escribir un pequeño libro, *Exposición astronómica de el cometa que el año de 1680... y 1681, se ha observado...* pronto se vio envuelto en una controversia nada menos que con don Carlos de Sigüenza y Góngora.<sup>3</sup> En tales circunstancias el provincial de los jesuitas designó a los padres Matías Goñi y Eusebio Francisco Kino para acompañar a Atondo. Por disposición del virrey, Kino ostentó además el título de cosmógrafo de la expedición.

Debidamente provistos en el puerto de Chacala, zarparon con rumbo a California, el 17 de enero de 1683, la almiranta, *San José* y *San Francisco Xavier* y la capitana, *La Concepción*. Una tercera embarcación, una balandra, quedó en Chacala para salir posteriormente. En una travesía que se alargó en extremo debido a vientos contrarios, Atondo y sus acompañantes desembarcaron el 2 de abril en el tantas veces antes visitado puerto de La Paz. ¡Nuevamente volvió a tomarse posesión de la tierra, esta vez en nombre de Carlos II! Como lo muestra el mapa que el propio Kino delineó hacia 1685, tras haber hecho algunas exploraciones en torno a la bahía de La Paz, se edificó allí un pequeño real, que se nombró de Nuestra Señora de Guadalupe.

Poco duró la estancia de Atondo y sus compañeros en La Paz. Por una parte, para obtener más bastimentos se había enviado a la capitana a Sinaloa. Por otra, ocurrió un violento enfrentamiento con los indígenas. El 14 de julio, después de sólo poco más de tres meses que subsistió el real de Nuestra Señora de Guadalupe, los expedicionarios regresaron a Sinaloa. Dato curioso es que quienes venían en su auxilio, los de la nao capitana, llegaron a La Paz muy poco después de la salida de Atondo. Largo tiempo dedicaron luego a su búsqueda y, tras amagos de motín por parte de los marineros, también los de la capitana hubieron de dirigirse a Sinaloa. Para enton-

<sup>3</sup> Acerca de este episodio en la vida de Kino y, en general sobre su actuación en México, sobresale la obra de Herbert E. Bolton, *Rim of Christendom, A Biography of Eusebio Francisco Kino*, Pacific Coast Pioneer, New York, Russell and Russell, 1960.



ces —como en un juego— Atondo había vuelto a salir con rumbo a California.

En el ya mencionado mapa que entonces elaboró Kino y dedicó al virrey, son dignos de mención varios de los nombres allí registrados. El más significativo es el de “Carolinas”, adjudicado como alternativa del de California. Obedeció esta inclusión a querer cambiar el nombre a ese vasto territorio, rebautizándolo en honor de Carlos II, en busca obviamente de su patrocinio. Es pertinente recordar que, cuando este monarca falleció, los jesuitas expresaron que “no era conveniente insistir en la designación de las Carolinas”. Topónimos que aparecen en el mapa, y que denotan las inclinaciones de Kino, son el de “Provincia de la Santísima Trinidad”, al sur de la bahía de La Paz y los de puerto de San Ignacio de Loyola (Pichilingue) y puerto de San Francisco Xavier. Otros de los nombres de lugar corresponden a los dados por el capitán Francisco de Ortega, del que por cierto habla Kino en su *Diario*.

Después de reabastecerse en Agiabampo, Sinaloa, la nave almiranta volvió a salir hacia California el 29 de septiembre del mismo 1683. La capitana, ya de regreso, zarpó también en pos de ella. Esta vez el desembarco tuvo lugar un poco al norte de la isla de los Coronados, cerca de la boca de un arroyo, pomposamente bautizado como “Río Grande”. Siendo el día siguiente, 6 de octubre, fiesta de San Bruno, éste fue el nombre que se dio a la nueva fundación. Algún tiempo después se erigió un segundo centro llamado San Isidro (Londó). Desde allí se realizaron las primeras penetraciones al interior: hacia el rumbo de Comondú y la elevada sierra al sur. Kino manifiesta así el porqué del nombre que le dieron a la misma:

La serranía, por ser muy alta, que desde el Hiaqui [el río Yaqui], al ponerse el sol se descubre, y también porque los días pasados habían dicho y creído algunos que en estas tierras de los Noys [así llama a los indígenas] había gigantes, la llamamos La Giganta . . .<sup>4</sup>

Los misioneros, esta vez ya Kino, Goñi y Copart, prosiguieron en sus trabajos, apren-

<sup>4</sup> Eusebio Francisco Kino, “Relación de la segunda navegación a las Californias del año de 1683 y de las entradas de veinte leguas la tierra adentro”, en *Kino Reports to Headquarters*, edited by Ernest J. Burrus, S. J., Roma, Institutum Historicum Societatis Jesu, 1954, p. 68.

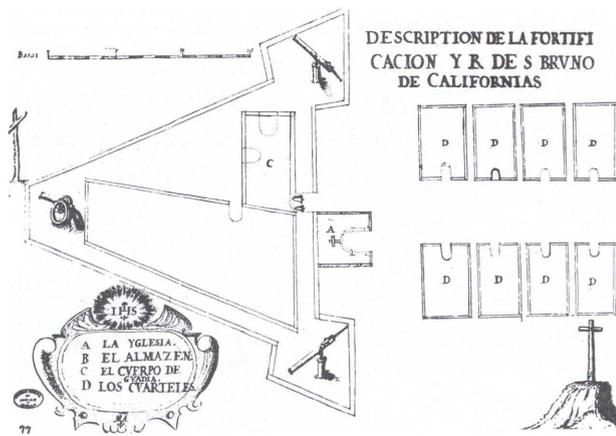
diendo la lengua indígena a lo largo de buena parte de 1684. A fines de ese año, el 14 de diciembre, Atondo y Kino fueron los primeros europeos que atravesaron a lo ancho California.<sup>5</sup> Saliendo de San Bruno, cruzaron la sierra hasta llegar el 30 del mismo mes al Pacífico, cerca de la desembocadura de un arroyo al que nombraron río de Santo Tomás. Kino midió con su sextante la altura y halló que era de 25° 30'. El 10. de enero de 1685 exploraron la costa y a la pequeña entrada o bahía bautizaron como “puerto de Año Nuevo”.

Fue en este viaje cuando Kino tuvo ocasión de ver y examinar algunas conchas de abulón, percatándose de que sólo se hallaban en las costas occidentales de California. Años más tarde, cuando desde la Pimería Alta —al norte de Sonora—, buscó la posibilidad de un paso por tierra a California, el que le hicieran llegar otras conchas del mismo color y forma, fue para él un dato revelador. Si esas conchas provenían del único gran mar que había en esas latitudes (el océano Pacífico), resultaba claro que el brazo o golfo de California terminaba uno o varios paralelos más abajo.

De regreso ya en San Bruno el 13 de enero de 1685, todavía se hizo otro intento de volver a cruzar la sierra de La Giganta, más al sur, para llegar a la bahía Magdalena. Atondo y el padre Goñi que salieron con tal propósito, tuvieron que volverse sin lograr su cometido. Entre tanto, en el real los bastimentos estaban casi agotados y muchos se encontraban enfermos. Se decidió entonces interrumpir la empresa, aunque con la intención de retornar algún día. Embarcándose el 8 de mayo con rumbo a Matanchel en Sinaloa, allí desembarcaron pocos días después.

Para obtener mayor información en lo tocante al litoral californiano, se acordó una última salida. En tanto que Atondo y el padre Goñi en la balandra se dirigieron hacia el suroeste, básicamente en busca de los placeres de perlas, Kino en la capitana, saliendo del Yaqui, hizo un nuevo recorrido por las costas de la península, llegando casi a los

<sup>5</sup> Véase la documentación al respecto en: *First from the Gulf to the Pacific, The Diary of the Kino-Atondo Peninsular Expedition*, December 14, 1648-January 13, 1685, transcribed and edited by W. Michael Mathes, Los Angeles, Dawson's Book Shop, 1969 (Baja California Travels Series, 16).



**Figura 58.** Plano del proyectado fuerte que debía edificarse junto al Real de San Bruno en California. En realidad esta fortificación no llegó a construirse. En una elevación del terreno, localizada donde estuvo el Real de San Bruno, hay vestigios de una edificación probablemente relacionada con el proyectado fuerte. (Se conserva este plano en el Archivo General de Indias, Sevilla.)

29°. Al divisar los picos que hoy se nombran “las Tres Vírgenes”, designaron como “punta de las Vírgenes Gordas” al saliente o cabo que se ve ante ellas. Volviendo luego a la contracosta, es decir al litoral de Sonora, se detuvo Kino en la zona habitada por los seris con quienes estableció contacto, precisamente muy cerca de la bahía que hoy lleva su nombre. El nuevo viaje concluyó tras breve retorno a las cercanías del antiguo real de San Bruno. Kino y Atondo se hallaban ya en Matanchel cuando, en forma imprevista, hubieron de embarcarse atendiendo a la solicitud del virrey que pedía fueran con sus barcos a poner en guardia y proteger al galeón de Manila en vista de las noticias sobre la aparición de piratas. Los barcos de Atondo cumplieron con el encargo y Kino regresó, esta vez hasta Acapulco, a bordo del galeón. De allí, a fines ya de 1685, Atondo y Kino marcharon a la capital para informar al virrey. El entusiasmo del jesuita-cosmógrafo persuadió en principio a las autoridades civiles y eclesiásticas de que los miembros de su orden debían volver a California para erigir en ella misiones permanentes.

#### Otros mapas consecuencia de la expedición de Atondo y Kino

Además del ya descrito mapa preparado por Kino hacia 1685, hay otras tres cartas de particular interés, debidas al mismo en

forma directa o indirecta. Una es la que incluye el diseño de “La fortificación y real de San Bruno”. En él se localizan la iglesia, el almacén, el cuerpo de guardia y los cuarteles. Una inspección ocular del sitio de San Bruno muestra que, aunque hay allí vestigios de algunas edificaciones, en realidad lo esbozado por Kino no reflejó lo ya erigido, sino más bien lo que se planeaba hacer.

Mapa derivado de la información que proporcionó Kino, fue otro que publicó su antiguo maestro y cartógrafo, el también jesuita Heinrich Scherer. Lo incluyó éste en su obra *Geographia Hierarchica*, aparecida en Munich, 1703.<sup>6</sup> En ella, como se indica en su leyenda principal, se ofrece una:

Delineación nueva y verdadera de la parte austral de Nuevo México, parte austral de la isla de California, descubierta por los españoles el siglo pasado.

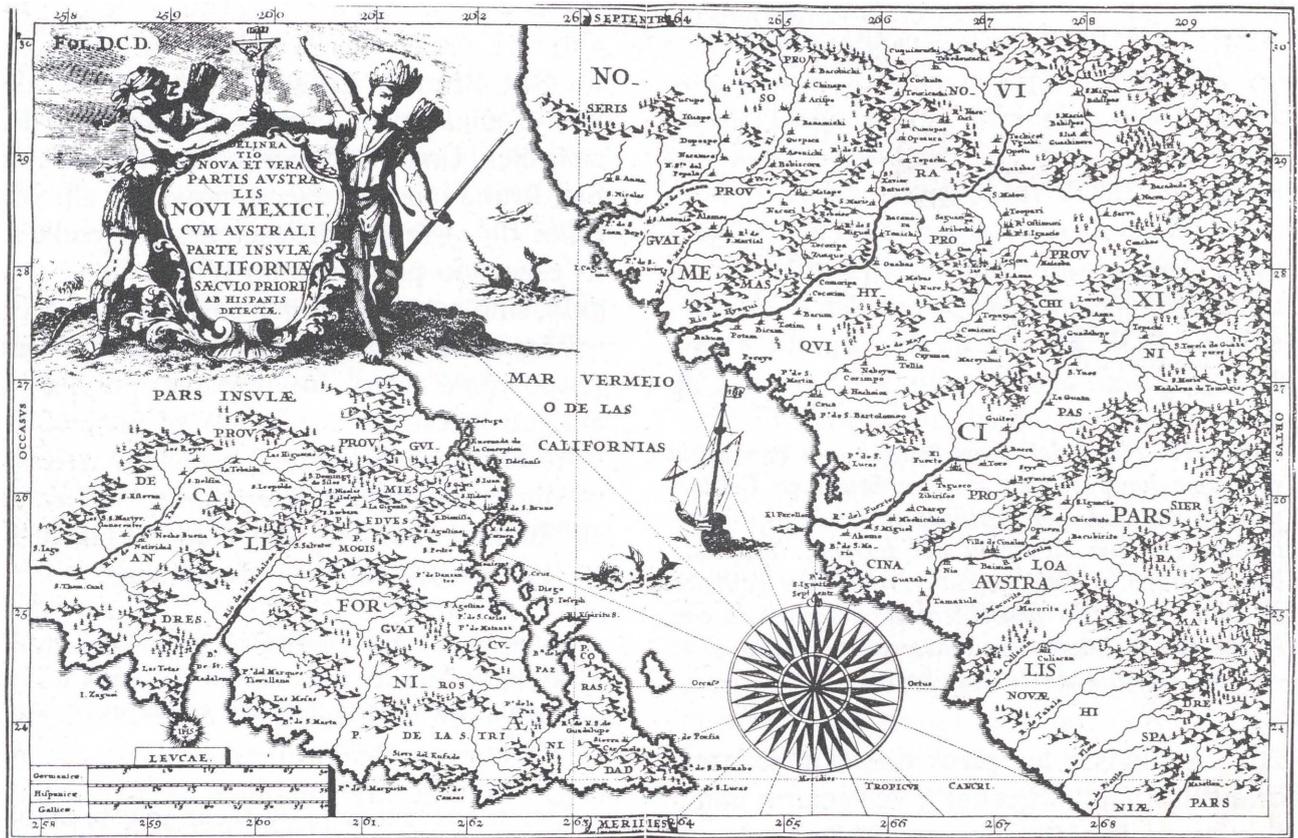
Dos cosas conviene destacar en este mapa. Una es que en él sigue prevaleciendo el concepto insular de California. Así, bajo la citada leyenda, hay otra inscripción que reitera dicha idea: *Pars insulae* [parte de la isla]. Cabe recordar que Kino no habría de modificar tal punto de vista, sino hasta después de sus exploraciones desde la Pimería Alta, entre 1699 y 1701. La otra cosa digna de mención, y que prueba la vinculación de este mapa con Kino, es el empleo en él de la toponimia introducida durante la expedición de Atondo y Kino: real de Nuestra Señora de Guadalupe, San Bruno, San Dionisio, La Giganta, río de Santo Tomás . . .

La tercera de las cartas, con información de esta expedición, es la que preparó personalmente Kino con el título de *Teatro de los trabajos apostólicos de la Compañía de Jesús en la América Septentrional*, 1696.

Este mapa lo destinó Kino para acompañar a la biografía, escrita por él, del padre Francisco Xavier Saeta, muerto por indígenas pimas de Tubutama, en Sonora. Como el propio Kino lo notó en la “Dedicatoria” de su libro:

En el cual mapa o teatro universal con especialidad se apuntarán los puestos o nuevas misiones a donde también otros dieciséis padres misioneros

<sup>6</sup> Henricus Scherer, S. J., *Geographia Hierarchica*, v. 2, de la obra *Atlas Novus* (en 7 partes), Augsburg, Dilliguen und Frankfurt, 1703.



**Figura 59.** Mapa preparado por el cosmógrafo jesuita Heinrich Scherer e incluido en su *Geographia Hierarchica*, München, 1703. Esta carta, como puede verse comparándola con la delineada por Kino hacia 1685, se deriva en alto grado de ella. En especial es esto visible en lo que se refiere a topónimos como los de “Real de Nuestra Señora de Guadalupe”, “Provincia de la Santísima Trinidad”, “Real de San Bruno”... Diferencias importantes son que en este mapa de Scherer se abarca el extremo sur de California y aparece asimismo parte del litoral y del interior del macizo continental. Scherer insiste dos veces en este mapa en el carácter insular de California.

han derramado su sangre por la fe católica en la predicación evangélica...<sup>7</sup>

Rasgos de particular interés en el mapa son la representación completa de California como una gran isla, al modo de muchas otras delineaciones en cartas de América o en mapamundis; el continuado empleo de la designación “California, Carolinas”, la leyenda en el ángulo inferior izquierdo en la que se da cuenta de las “Varias navegaciones”, desde la de Cortés en 1535 hasta las que hizo el propio Kino con Atondo y luego, en 1693, la que —nos dice Kino— “desde esta Pimería y costa de la Nueva España hemos dado vista a la cercana California...”.

Además, como en el mapa que, con la información de Kino, publicó luego el padre Heinrich Scherer, también en éste la toponimia registrada, sobre todo para la parte

<sup>7</sup> Eusebio Francisco Kino, *Vida del padre Francisco J. Saeta S.J., Sangre misionera en Sonora*, prólogo y notas de Ernest J. Burrus S.J., México, 1961.

sur de California, refleja los nombres impuestos durante las expediciones de Atondo y Kino: Guadalupe, San Bruno, San Dionisio, La Giganta, Río deseado de Santo Tomás, descubierto, 1684, Puerto de Año Nuevo, descubierto, 1685, Las Vírgenes. El historiador y biógrafo de Kino, Herbert Eugene Bolton, nota acerca del destino que tuvo este mapa:

Fue enviado por el virrey de México al duque de Escalona; por éste al Sr. Regis como un regalo a la Real Academia de París; por éste [Regis] a Claude Delisle para que lo comentara. Éste lo discutió en una carta a Regis (hacia 1700). El mapa fue pirateado luego por Nicolás de Fer y fue publicado al menos dos veces bajo su nombre... Claude Delisle era geógrafo real de Francia y padre del cartógrafo, más famoso, Guillaume Delisle.<sup>8</sup>

Otro mapa —de limitado interés para California— preparó también Kino con el pro-

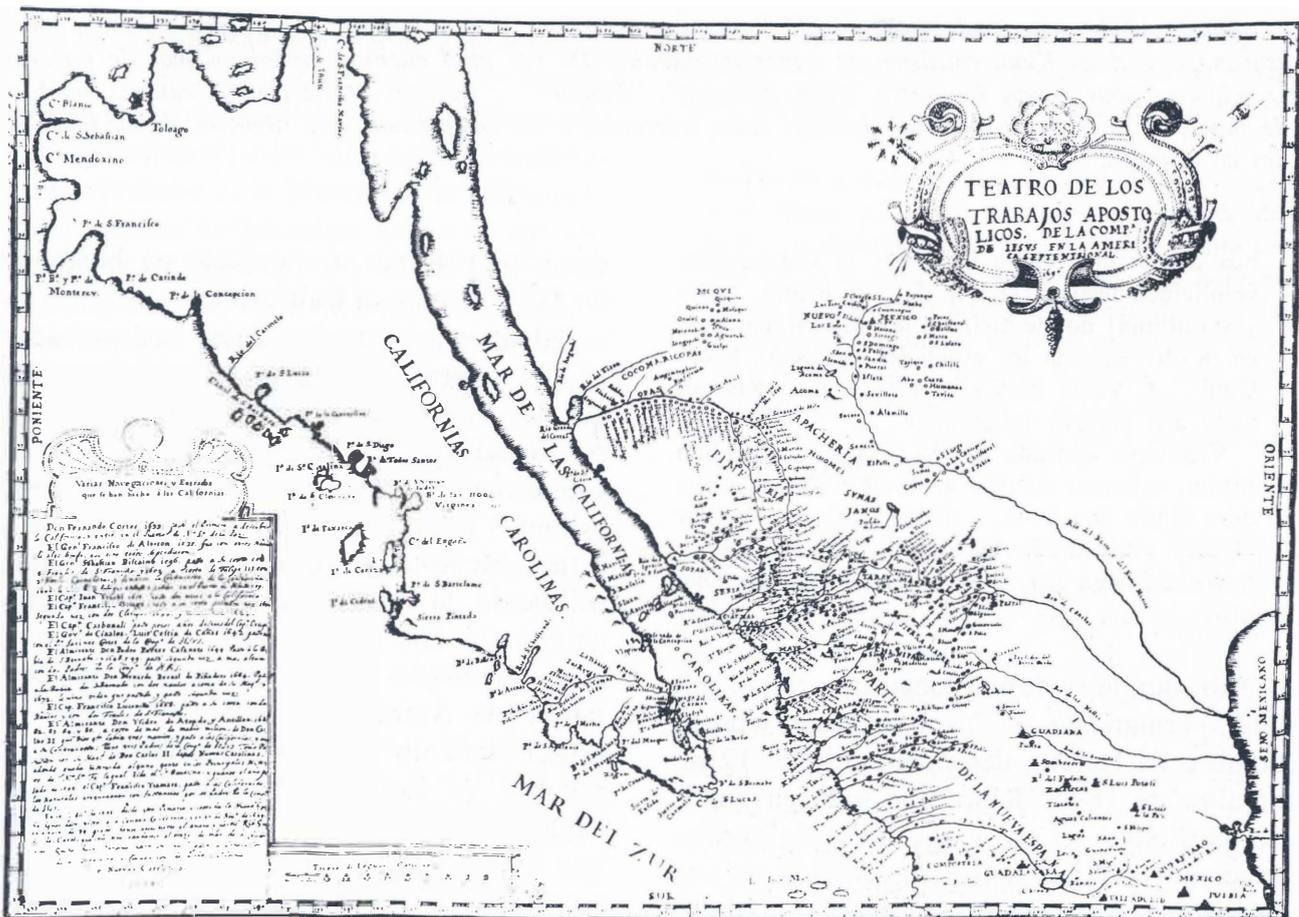
<sup>8</sup> Bolton, *Rim of Christendom*, p. 608.

pósito de que acompañara a su biografía del padre Saeta. Dicho mapa abarca fundamentalmente la Pimería Alta. En él se ven dos pimas flechando al jesuita. Elaborado en 1695, marca el curso del Gila, recién descubierto por Kino y que ostenta el nombre de “Río Grande del Coral”. En este mapa no aparece señalado el río Colorado, pero en el de 1696, que ya he descrito, se registran uno y otro ríos. Dato curioso es que, en vez de emplear la designación de “río de la Buena Guía”, usa la más antigua de “río del Tizón”. Puesto que California se representa como isla, ambos ríos desembocan sobre el estrecho de mar.

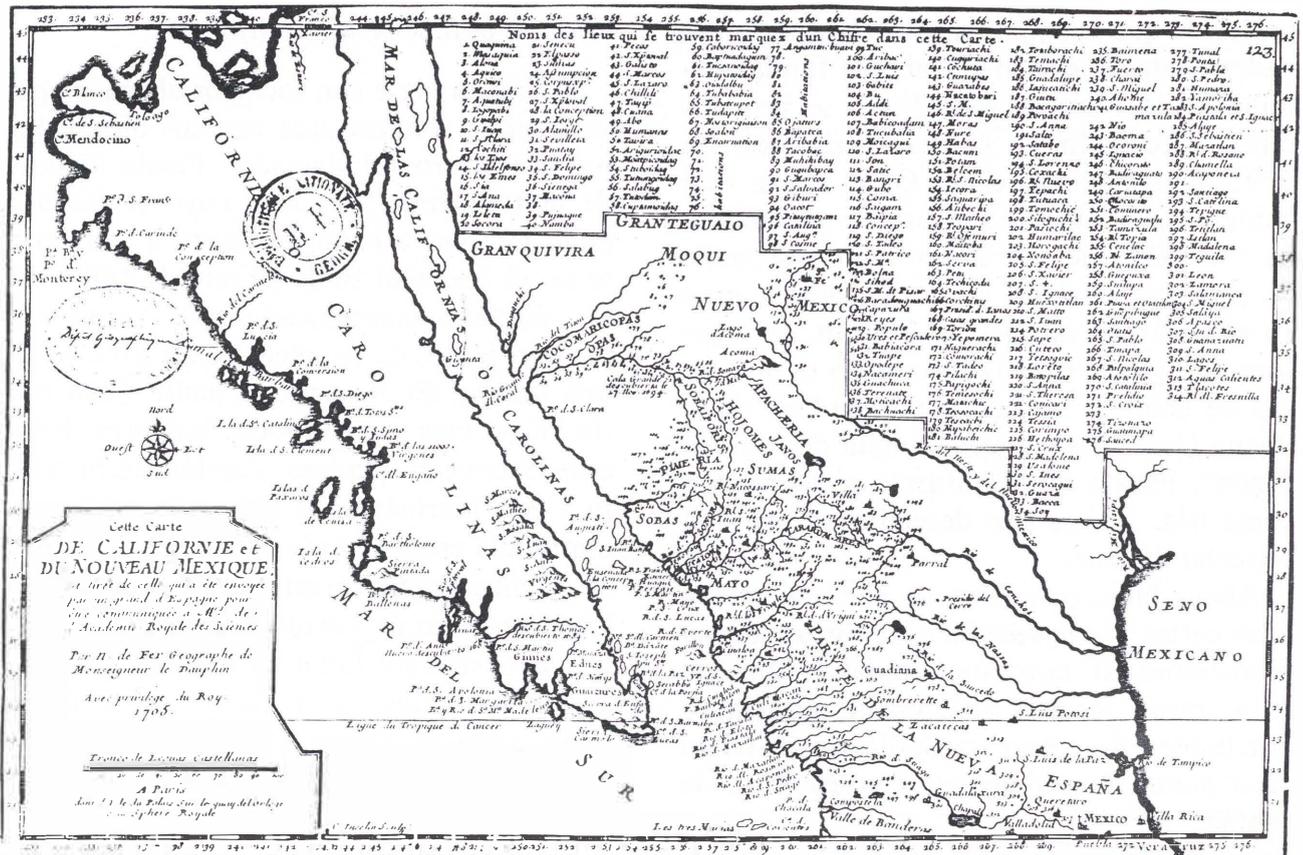
Ahora bien, en tanto que Kino delineaba tales cartas y se aprestaba a continuar sus exploraciones al noroeste, desde la Pimería Alta, otros jesuitas igualmente motivados por la idea de entrar en California, estaban ya a punto de embarcarse con rumbo a la misma.

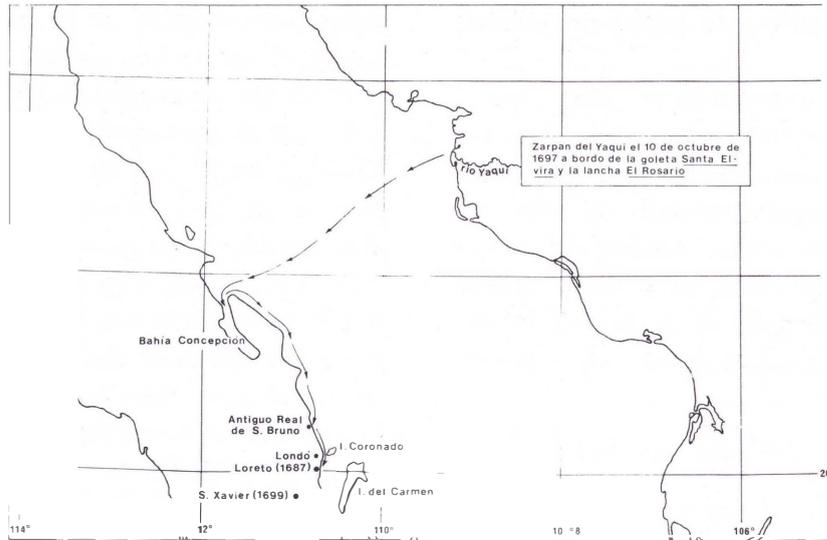
### Entrada definitiva en California

En buena parte con recursos allegados por los propios jesuitas, que con sus bienhechores instituyeron el llamado “Fondo Piadoso de la California”, la idea cuya realización tanto interesó a Kino, comenzó a convertirse en un hecho el 10 de febrero de 1697. Ese día, desde la desembocadura del Yaqui, zarparon a bordo de la goleta *Santa Elvira* y de una lancha, *El Rosario*, el padre Juan María Salvatierra y otros pocos hombres. Éstos eran Sebastián Romero, capitán de la goleta y seis marineros; el comandante de una minúscula escolta, Luis de Torres y Tortolero, y cinco soldados, entre ellos el que sería luego sustituto de Torres, Esteban Rodríguez Lorenzo, siempre fiel a los jesuitas, así como tres indios yaquis ya cristianos. En total dieciséis personas. Después de estar a punto de zozobrar por causa de fuertes vientos, según lo consigna Salvatierra,



**Figura 60.** Mapa de Eusebio Francisco Kino, delineado en 1696 como ilustración que debía acompañar a la biografía, debida también a él, del padre Francisco Javier Saeta que había muerto a manos de los pimas de Tubutama en Sonora. California aparece aquí como una gran isla. Su litoral en el extremo norte presenta varias indentaciones como en los mapas debidos a Sanson. En el ángulo inferior izquierdo da cuenta Kino de “navegaciones y entradas que se han hecho a las Californias”.





**Figura 62.** Entrada en California del padre Juan María Salvatierra.

subiendo una loma alta, distante una legua del paraje, halló en la cumbre de la loma unos llanos todos de tierra prieta . . . y descubrió la mar de la contracosta, y hacia el sur, por lo que parece la bahía y puerto en la Magdalena, como dos días de camino del puerto de San Francisco Javier . . .<sup>10</sup>

En tales empresas se hallaban Salvatierra y Pícolo cuando en uno de los nuevos navíos adquiridos para las misiones, les llegaron noticias de lo que el padre Kino había descubierto por el rumbo de la Pimería Alta (Sonora). Éste les había hecho saber acerca de sus expediciones de septiembre y octubre de 1698 en compañía del capitán Diego Carrasco, y de febrero y marzo de 1699 con el padre Adamo Gilg y el capitán Juan Matheo Manje. Lo manifestado por Kino que exploraba el río Gila, al que llamó “río Grande del Coral”, era el principio de su descubrimiento del paso por tierra a California. A dicha comunicación, entre otras cosas, respondió Salvatierra:

Mucho me holgado y se ha holgado el padre Francisco María Pícolo de la nueva entrada gloriosa y apostólica del río Grande [el del Coral, el Gila y no el Colorado como lo supone el historiador Ernest Burrus, experto en la vida de Kino].<sup>11</sup> Y estamos deseosos de saber si, desde esa nueva costa que anduvo vuestra reverencia,

<sup>10</sup> Francisco María Pícolo, S.J., *Informe del estado de la nueva cristiandad de California, 1702 y otros documentos*, edición, estudio y notas por Ernest J. Burrus, S.J., Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1962, p. 141.

<sup>11</sup> Burrus, en Pícolo, *Informe . . .*, *op. cit.*, p. 222, nota 6.

se descubre la California y qué rastro hay por allá de si cierra este estrecho de mar . . .<sup>12</sup>

Dejando así por esclarecer todavía el debatido asunto de la peninsularidad de California, Salvatierra dice a Kino que le pedía un mapa de la región donde se iban estableciendo las nuevas misiones, Loreto, San Juan Bautista Londres y San Javier Biaundó:

En cuanto a mapa, se formará por el padre Francisco María [Pícolo] por agosto, después de hecho un descubrimiento con los barcos hasta altura de 35 o poco más grados, que me holgara mucho viniera vuestra reverencia acá, después de la cosecha y segado el trigo, se embarcara vuestra reverencia en el Yaqui, y llegado aquí, nos hiciéramos a la vela todos . . . y costeáramos bien esta costa arriba, después de subidos 36 grados a las costas de la Pimería . . .<sup>13</sup>

Este proyectado viaje, en el que Salvatierra habla de subir por el mar de California —dice equivocadamente que hasta 36°— costearo la Pimería, y al que invitaba a Kino, no se llevó a cabo. De otra forma, en 1701, habrían de llegar ambos a un punto —en el que llamaron puerto de Santa Clara (bahía de Adair)— desde el que pudieron ver cómo las tierras de la Nueva España y la California convergían, cerrando el que parecía ser extremo septentrional de un golfo. Tal expedición sería una de las varias

<sup>12</sup> “Carta del padre Salvatierra de 28 de marzo, 1699, desde Loreto al padre Kino”, en Pícolo, *Informe . . .*, *op. cit.*, p. 222-223.

organizadas por Kino con el propósito de esclarecer en definitiva el perfil geográfico de California.

Ahora bien, lo expresado por Salvatierra en la citada carta, escrita casi dos años antes, deja ver la incertidumbre que aún mantenía y su gran interés por salir de ella, explorando al lado de Kino. Acerca del mapa que, en esa misma carta, dice iba a preparar Píccolo, no se sabe si de hecho lo delineó éste y, de ser así, a dónde fue a parar.

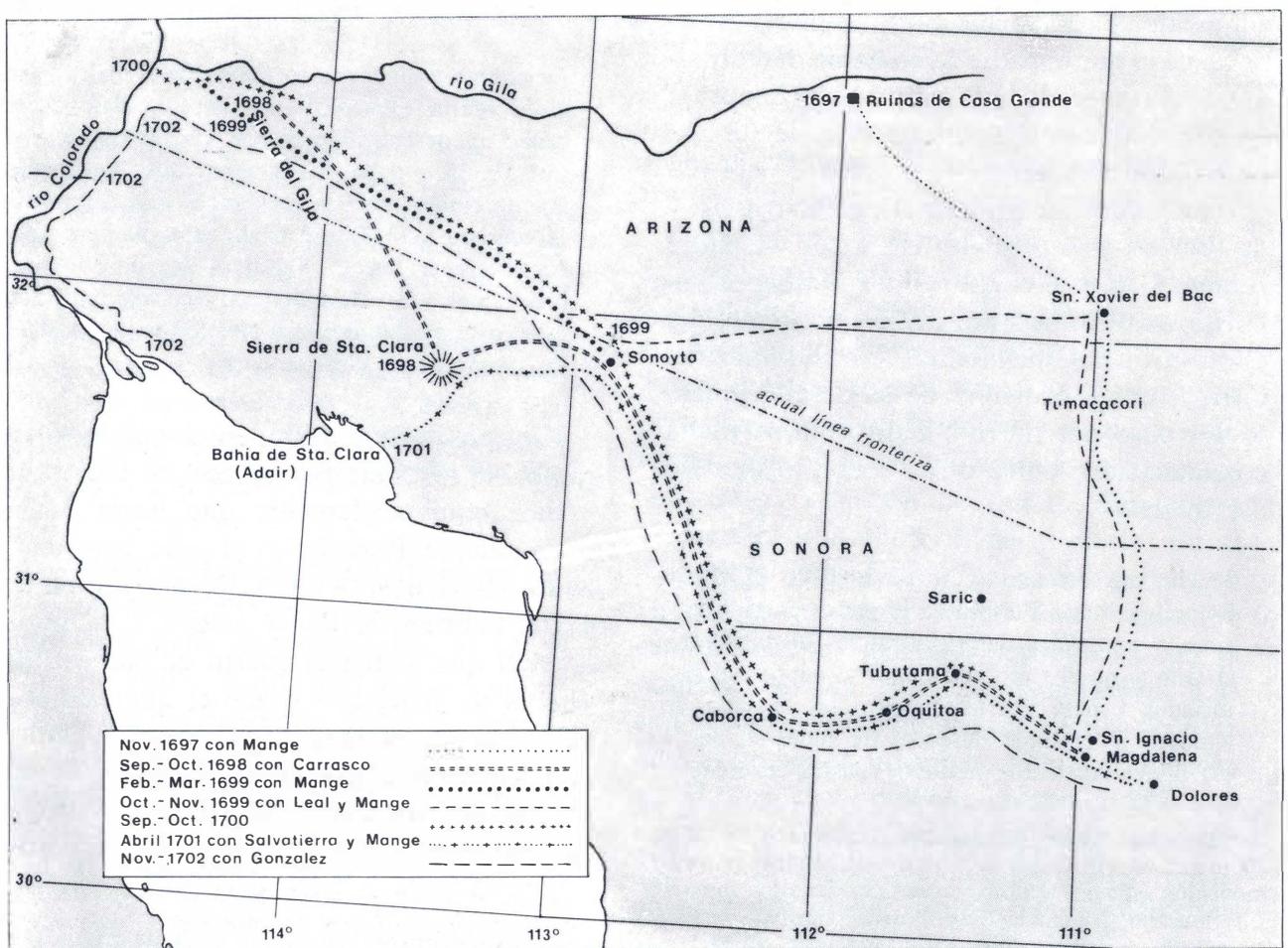
### *El descubrimiento del paso por tierra a California*

Kino, a partir de la iniciación de sus trabajos en Sonora, una vez que regresó en 1686 de su expedición a California con Atondo, había puesto su máximo interés en el fortalecimiento de las misiones ya establecidas y en el avance hacia el norte de la empresa jesuítica. Así, en marzo de 1687, llegó hasta el lugar donde iba a fundar la misión de Dolores, aquella con la que más vinculado había de estar. Con el paso de los años, desde allí emprendió una larga serie

de salidas que lo pusieron en contacto con otras comunidades de la Pimería Alta hasta llegar al río Gila. Luego, avanzando hacia el poniente, se encontró asimismo con diversos grupos yumanos. El objetivo que tenía Kino, además por supuesto de ampliar el ámbito de la cristiandad, era llegar hasta el Colorado y ver si existía un paso por tierra a California. Pensaba que, de descubrirse ese paso, sería mucho más fácil hacer llegar a las misiones que se iban estableciendo en California, los auxilios que requerían. Las riesgosas navegaciones a través del mar Bermejo podrían ser sustituidas por envíos terrestres con cabalgaduras y carretas.

Las expediciones que con tales propósitos realizó Kino entre los años de 1697 y 1702, como lo ha calculado Eugene H. Bolton, significaron, en su conjunto, andar a caballo más de trece mil kilómetros. A continuación me referiré a los más importantes de estos viajes, sobre todo a aquellos que de modo especial contribuyeron al redescubrimiento del perfil peninsular de California.

El 2 de noviembre de 1697, saliendo de Dolores en compañía del célebre capitán



**Figura 63.** Principales expediciones de Kino entre los años 1697-1702.

Juan Mateo Mange —el autor de la obra *Luz de tierra incógnita en la América Septentrional* . . .<sup>13</sup>—, y auxiliado por varios indígenas, Kino llegó hasta encontrarse con las ruinas que ostentan hoy el nombre de “Casa Grande” en Arizona. Evocando años después, ese y otros descubrimientos, escribió en una carta dirigida, el 8 de abril de 1702, al padre visitador Antonio Leal:

Hemos visto unas casas grandes en diferentes puestos, cercanas al río Grande [el Gila], que sus edificios, ya caídos, indican las ha habido y es muy probable que de ellas salieran los ascendientes de Moctezuma, con su mucha gente, y fueran a fundar la gran ciudad de México.<sup>14</sup>

Todavía en esa salida avanzó un poco hasta cerca del actual poblado de Zacatón en Arizona.

En vez de continuar enumerando esquemáticamente las expediciones en las que Kino fue obteniendo la información que más lo determinó a aseverar la peninsularidad de California y a delinear sus mapas del “paso por tierra” a la misma, atenderé a lo que expresa él mismo en la ya aducida carta al padre visitador. Al decir de Kino, fueron seis las expediciones que hasta abril de 1702 había realizado, de importancia capital en esto. La primera de ellas fue casi un año posterior a la que hemos ya aludido. Tuvo lugar en el otoño de 1698. De ella escribe, teniendo en mente las pruebas del “encerramiento de estas tierras con la California”:

Porque así lo vide en nueve de octubre de mil y seyscientos y noventa y ocho años, desde el cercano alto cerro de Santa Clara . . .<sup>15</sup>

En efecto, en tal ocasión, con el capitán Diego Carrasco, tras reconocer el curso del Gila, marcharon hacia el suroeste a través de la tierra de los pápagos. Llegaron así al cerro de Santa Clara, hoy punta del Pinacate, y desde allí divisaron el golfo de California. En particular contemplaron la hoy llamada bahía de Adair, nombrada en uno de

<sup>13</sup> *Loc. cit.*

<sup>14</sup> Eusebio Francisco Kino, “Plan de 1702”, en carta al padre visitador Antonio Leal, Dolores, 8 de abril de 1702, *Las misiones de Sonora y Arizona*. Crónica intitulada *Favores Celestiales*, versión paleográfica e índice por Francisco Fernández del Castillo, México, 1913-1922, p. 172.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 167.

los mapas derivados de los delineados por Kino, “bahía de San Manuel”.<sup>16</sup>

Una vez mencionada esa expedición, expresa Kino:

Porque, con otras cuatro entradas que he hecho, caminando cincuenta leguas al nortueste, desde el dicho cerro de Santa Clara, el cual está cercano y al oriente del brazo y remate del mar de California, y después a otras diez leguas al poniente por el río Grande [el Gila] hasta donde entra el río Colorado, hasta su desemboque, no se halla o ve mar alguna de California que suba a más altura que hasta 32 grados escasos . . .<sup>17</sup>

Brevemente recordaré cuáles fueron esas cuatro entradas. Una fue la emprendida el 16 de febrero de 1699 desde Sonoita por el llamado “camino del Diablo”. En ella, el capitán Mange pudo contemplar, desde una altura en la sierra cercana al Gila, la confluencia de los dos grandes ríos, el Gila y el Colorado. Otra expedición, en octubre de ese mismo año, fue la llevada a cabo por Kino y Mange con otros dos jesuitas, el visitador Antonio Leal y Francisco Gonzalvo. En esa salida fue cuando por vez primera, los indios

nos dieron varias conchas azules [las ya mencionadas de abulón], que sólo se dan en la contracosta y en la otra mar del Sur [el Pacífico] . . .<sup>18</sup>

De tal hecho pudo deducir Kino, como algo obvio, que no había otro estrecho intermedio en esa latitud (33° y algo más) y que, por tanto, la tierra cerraba más abajo el extremo de lo que era realmente un golfo.

Las otras dos expediciones o “salidas” a las que alude Kino en su carta fueron probablemente —ya que emprendió varias más— las iniciadas el 24 de septiembre de 1700 y la emprendida el 7 de noviembre de 1701, ambas a partir de su misión de Dolores. En la primera de éstas logró observar desde un promontorio la sierra de Gila, gracias al telescopio que llevaba consigo, el delta del Colorado, en territorio de los indígenas quíquimas. Aun cuando sea como de paso, cabe recordar que, algunos meses antes, Kino y Mange habían hecho otra expedición nada

<sup>16</sup> Ver el mapa aquí reproducido, intitulado “Nuevo Reyno de la Nueva Navarra con sus confinantes otros reynos, 1710”.

<sup>17</sup> Kino, “Plan de 1702 . . .”, *op. cit.*, p. 167.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 168.

menos que con el padre Juan María Salvatierra, el fundador de la primera misión permanente, la de Loreto, en California. Esa vez su avance hubo de detenerse por circunstancias adversas y sólo alcanzaron a llegar hasta las cercanías del hoy llamado puerto Peñasco.

De otro recorrido habla el mismo Kino en su referida carta. Fue éste el emprendido el 5 de febrero de 1701 en compañía del padre superior Manuel González. La meta alcanzada fue entonces un lugar muy próximo a la desembocadura del Colorado. De lo que allí contemplaron, recuerda Kino:

Desde este desemboque y en diferentes partes supimos y así vimos cómo había otros dos ríos caudalosos que venían a desembocar en el remate de este mar de California; al uno, que viene del norte, los naturales le llaman el río Verde; y al otro, que viene del noroeste, le llaman también el río Amargo. También supimos y vimos cómo el muy caudaloso y muy poblado río Colorado, a pocas leguas después de haberse juntado con el río Grande o de Gila, se divide otra vez en dos muy grandes brazos, y con ellos hace una grande isla de más de cincuenta leguas de boj, de tierras muy fértiles y de muy buenas campiñas . . .<sup>19</sup>

En lo expresado en esta carta dirigida, según se dijo, al visitador, padre Leal, tenemos un resumen, hecho precisamente por Kino, sobre sus expediciones y argumentos tocantes al paso por tierra desde la Pimería Alta a California. Como el propio padre Eusebio Francisco lo notó, sus hallazgos además de disipar dudas, ahuyentan las antiguas fantasías:

Que se quitan, con esto, los yerros y engaños grandes en que nos metían los que pintaban esta América septentrional con cosas fingidas, que no las hay, como son las de un rey coronado que le llevaban en andas de oro [recuérdese lo asentado a este respecto por Porter y Cassanate]; las de una laguna de azogue y de una laguna de arenas de oro; las de una ciudad amurallada con torres, etcétera; del reino Axa; de las perlas, ámbar, corales del río del Tizón, del río Anganguch, del río del Coral, que ponen sus desemboques en esta mar de California en 35 y 36 grados (no subiendo a esta altura esta mar), y de las siete ciudades que algunos ponen, que al presente no las hay . . .<sup>20</sup>

Pruebas fehacientes aportó en verdad Kino sobre la peninsularidad de California. Apo-

<sup>19</sup> *Ibid.* p. 166-167.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 172.

yado siempre en lo que observó en sus referidas expediciones y en otras que continuó haciendo, hasta pocos años antes de su muerte en 1711, escribió varios informes y delineó mapas. Remitiendo tales testimonios a diversas personas de México y Europa hizo posible que, sobre todo al reproducirse sus mapas, se llegara al fin a un cambio radical en la cartografía universal. Ello no significa, sin embargo, como vamos a verlo, que sus descubrimientos tuvieran de inmediato una aceptación general. Todavía fueron menester nuevas expediciones y pruebas, debidas a otros, para que la correcta imagen geográfica —reiteración de lo que gracias a Ulloa y Alarcón se supo en el siglo xvi— pasara a tenerse como algo plenamente comprobado.

#### *Los mapas elaborados por Kino o inspirados en sus aportaciones*

Debemos a Ernest J. Burrus una obra en la que, con meticulosidad, discute y reproduce lo más importante en la aportación cartográfica hecha por el padre Eusebio Francisco. Con apoyo en dicho trabajo, intitulado *Kino and the Cartography of Northwestern New Spain*,<sup>21</sup> haré un elenco de los mapas más dignos de atención.

Además de las ya citadas cartas de la región meridional de California con el real de Nuestra Señora de Guadalupe (delineada en 1687) y de la que intituló “Teatro de los trabajos apostólicos de la Compañía de Jesús” (1695), en la que todavía California aparece como una gran isla, importa referirse ahora a aquellos mapas en los que el tema central es el del “paso por tierra a California”. De éstos hay varios dignos de particular consideración.

El primero fue dispuesto por Kino en 1701 para mostrar la peninsularidad californiana. Como lo nota Burrus,

Kino delineó varios “originales” de este mapa, con ligeras variantes, a juzgar por las versiones impresas del mismo y las posteriores copias manuscritas. Los mapas autógrafos delineados en 1701 han desaparecido sin excepción.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Ernest J. Burrus, *Kino and the Cartography of Northwestern New Spain*, Tucson, Arizona Pioneers' Historical Society, 1965.

<sup>22</sup> Burrus, *op. cit.*, p. 17.



Según esto, todas las cartas que se conocen de los trabajos de Kino son, de un modo u otro, copia o derivaciones de sus mapas originales. Del que elaboró en 1701 sobresalen dos copias. Una con todas sus leyendas en castellano, ostenta el título de:

Paso por tierra a la California y sus confinantes nuevas naciones y nuevas misiones de la Compañía de IHS [Jesús] en la América septentrional, descubierto y anaado [sic por andado], y demarcado por el P. Eusebio Franc<sup>o</sup> Kino, jesuita, desde el año 1698 hasta el de 1701.



Figura 65. Otra copia del mapa original de Kino de 1701, en el que se muestra el “paso por tierra a la California” con su texto en francés. Se incluyó en la serie *Lettres Edifiantes*, París, 1705, y asimismo en las *Mémoires de Trévoux*, 1705. Al difundirse en Francia esta carta, se planteó de nuevo, en los círculos de especialistas, la cuestión del perfil geográfico de California. Aunque algunos aceptaron lo que Kino afirmaba haber descubierto, otros muchos se opusieron a ello. Prueba de esto último es que en la cartografía universal hay numerosos mapas, de fecha posterior a 1701, en los que California sigue delineándose como isla. Muestra de ello la ofrecen, entre otras, las cartas de América de Matheus Seutter que siguieron publicándose hasta 1740; de Thomas Bakewell, Londres, 1740, y de John Bowles en Cornhill, 1754. Importa además recordar que el maestro de Kino, el cosmógrafo jesuita Heinrich Scherer siguió insistiendo en el carácter insular de California en su mapa publicado en 1702 y reproducido aquí en este mismo capítulo, y en otras cartas suyas hasta 1720.

Este mapa que, por primera vez publicó Burrus en su citada obra, en 1965, muestra con bastante precisión la geografía de la Pimería Alta y regiones colindantes entre los paralelos  $35^{\circ} 30'$  y  $25^{\circ} 30'$ . En él se mira la confluencia del Colorado y el Gila. Cerca de ella se sitúa la misión de San Dionisio establecida en 1700. Los nombres de los varios grupos indígenas aparecen en las correspondientes áreas de sus asentamientos: cocomarcopas, yumas, boabonomas, bagiopas, quiquimas, guimíes [guaimíes], edúes... La desembocadura del Colorado se representa como una gran entrada o alargada bahía, remate del golfo. El cerro de Santa Clara —pico del Pinacate—, desde donde Kino contempló el golfo, se sitúa bastante cerca de la costa. Es interesante que a la isla del Tiburón se le asigne el nombre de “San Agustín”, es decir, el que le dio Kino al visitar allí a los seris al fin de su viaje con Atondo y Antillón. En el extremo inferior izquierdo se registra el “puerto de Año Nuevo” con la fecha 1685 —que es la correcta—, sobre la cual alguien sobrepuso la de 1695. También aparece, bastante bien ubicada, en poco más de  $26^{\circ}$ , la misión de Loreto.

Otra temprana copia del mapa de Kino de 1701 es la grabada y publicada en París en 1705, en la serie de *Lettres Édifiantes*, y en la revista *Mémoires de Trévoux*. En la leyenda que aparece en el ángulo superior izquierdo se indica en francés su significación y origen:

Paso por tierra a la California, descubierto por el reverendo padre Eusebio Francisco Kino, jesuita, desde 1698 hasta 1701, en el que también se ven las nuevas misiones de los padres de la Compañía de Jesús.

Otro mapa, muy distinto de los mencionados, apareció publicado en 1703, derivado asimismo de información proporcionada por Kino. Se trata de una carta sacada a luz por el también jesuita, cosmógrafo y antiguo maestro de Kino, el padre Heinrich Scherer. Éste, que había recibido las noticias de Kino y una copia de su mapa consecuencia de su expedición con Atondo, decidió incorporarlos en su *Atlas novus*, impreso en Munich, 1703. El mapa publicado por Scherer resulta anacrónico en vista de los nuevos descubrimientos de Kino. Si Scherer

hubiera podido tener acceso a los nuevos mapas elaborados en 1701, probablemente no hubiera representado a California como isla, según lo indica expresamente en su leyenda en latín, que traduzco:

Delineación nueva y verdadera de la parte austral de Nuevo México con la parte austral de la isla de California descubierta por los españoles en el anterior siglo.

Quizás el mayor interés de este mapa esté en el señalamiento de las misiones y otros poblados en la parte septentrional de la Nueva España y en el registro de lo explorado por Kino en 1683-1685.

Otra carta también consecuencia de lo aportado por Kino, pero con errores muy graves, se publicó años después, en 1726, en la revista misional *Der Neue Welt-Bott*, editada en Augsburgo y Graz. En dicho mapa, como lo señala Burrus, se incorporan tan sólo algunos pocos datos nuevos incluidos en una carta preparada por Kino en 1702. Dado que esta última y sus copias se han perdido, este mapa austriaco es el único reflejo del original. La leyenda en latín reitera lo señalado en el mapa francés publicado en 1705:

Vía terrestre hacia California hallada y descubierta por el reverendo padre Eusebio Francisco Kino S.I., alemán, señaladas las nuevas misiones de la misma Compañía desde el año de 1698 hasta el de 1701.

Dato curioso es que en el mapa las diversas leyendas aparecen unas veces en latín y otras en alemán e incluso en ambos idiomas, como en el caso del río Colorado: *Coloratus Fl[umen] seu Nord Strom*. La parte meridional de la península, que no aparece en los mapas derivados del de 1701, se incluye en éste pero en forma en extremo deficiente. Justamente dicha parte está bien delineada en el referido mapa publicado por Scherer en 1703. Contemplando en este mapa, aparecido hasta 1726, el extremo sur peninsular sin la bahía de La Paz, no deja de sorprender el descuido de quienes lo sacaron a luz en Austria, cuando pudieron haber acudido al *Atlas Novus* de Scherer, publicado en la cercana ciudad de Munich, nada menos que veintitrés años antes.

El examen de la correspondencia de Kino ha permitido al ya citado Burrus afirmar



que el jesuita explorador preparó un número muy grande de mapas. Según Burrus, Kino dibujó y envió a distintos destinatarios “entre 1678 y 1710, 31 mapas”.<sup>23</sup> Si, por desgracia, ninguno de esos originales se conoce, cabe al menos percibir la evolución en las ideas cartográficas de Kino en algunos de los mapas que se fueron publicando en Europa con apoyo en lo aportado por él. Aquí me limitaré a aducir y comentar ya tan sólo otro mapa derivado del que fue casi seguramente el último que delineó Kino. Dicho mapa concluido, según parece, hacia 1710, reflejó las noticias que pudo allegar él en sus postreras expediciones e introdujo varias innovaciones. Gracias al tantas veces citado Burrus, conocemos lo que parece ser una temprana copia que incluso llegó a publicarse en Francia hacia 1722. Características de dicho mapa son las siguientes: se designa “Nueva Navarra” a una amplia zona más al norte de la que ostenta el nombre de “Península de California”. Tal vez, como idea subyacente en la designación de “Nuevo Reyno de la Nueva Navarra”, estaba el propósito de introducir una especie de réplica de las realidades geográficas hispano-francesa. Al igual que en Europa, Navarra estaba entre España y Francia, también aquí la Nueva Navarra se situaba entre la Nueva España y las regiones septentrionales colindantes, vagamente demarcadas y nombradas Nueva Francia. En este mapa se traza con bastante precisión la confluencia del Gila y el Colorado; se indican casi todos los centros misionales de las Pimerías, Nueva Vizcaya y Nuevo México. Respecto de este último, se señalan los “pueblos mudados al passo [presidio de El Paso y sus cercanías] desde el alzamiento de éstos”. La desembocadura del Colorado se sitúa erróneamente arriba de 33°. Kino, en otras cartas, había puesto dicha desembocadura en poco menos de 32°. De las misiones en la península se registran las de Loreto, San Xavier, Santa Rosalía (metida tierra adentro, lo que denota otro error del copista), así como San Bruno que se encontraba abandonada. Se hace notar además que “Desde esta altura [menos de 27°] para el norte, no se ha descubierto ni entrado a lo interior de la California y hay noticia es la tierra muy fértil”.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 20.

Según lo nota Burrus, existe además otra copia del citado mapa de 1710. Dispuesta para ser grabada, se conserva en la Colección D’Anville de la Biblioteca Nacional de París y data de 1724. Resulta de interés añadir que estos mapas derivados del de 1710 ejercieron, por una parte, influencia en lo que concierne a la designación de “Nueva Navarra”. Por otra, no se logró, en cambio, poner en ello punto final a la debatida cuestión de si California era isla o península. Tan sólo otra serie de exploraciones, algunas de ellas efectuadas en la segunda mitad del siglo XVIII, vendrían a desvanecer —muy lentamente por cierto— el tan enraizado error geográfico. Papel fundamental tuvieron en tal empresa los jesuitas que, según ya vimos, habían entrado desde el desembarco del padre Salvatierra en 1697.

*Se establecen misiones permanentes y se emprenden nuevas exploraciones*

Desde luego no repetiré aquí lo ya estudiado ampliamente por otros —entre ellos Miguel Venegas y Marcos Burriel, y luego Miguel del Barco y Francisco Xavier Clavijero y, entre los modernos, Constantino Bayle, Peter Masten Dunne e Ignacio del Río— acerca de la fundación de establecimientos misionales, antecedente de las ciudades y pueblos de la actual California mexicana. Mi propósito se limita a ofrecer un elenco de las “entradas” o recorridos exploratorios llevados a cabo por los jesuitas.

Éstos emprendieron tales expediciones por tres motivos principales. El primero, como es de suponerse, era el de avanzar hacia lugares no conocidos para descubrir otras rancherías indígenas y sitios para el establecimiento de una misión a la que dichos nativos serían atraídos. Un segundo propósito guardaba relación directa con la orden de las autoridades virreinales de encontrar un buen puerto en el que se pudieran abastecer los galeones procedentes de Manila. Finalmente, existía también el interés de carácter geográfico: aclarar cuáles eran las características de California, su extensión, hasta qué latitud llegaba y si era, en suma, isla o península. El hecho innegable de que persistiera este interés denota que lo escrito y delineado por Kino no había desvanecido las dudas en forma ya irrefutable.

Al igual que había acontecido con las expediciones realizadas por Kino, también varias de las que emprendieron los otros jesuitas, tuvieron entre sus frutos la elaboración de diversos mapas. A no dudarlo, estos misioneros de la California hicieron valiosa aportación cartográfica.

### Exploraciones jesuíticas en el interior de California (1697-1721)

Ya se ha hecho referencia a las primeras entradas que, saliendo de Loreto, empezaron a realizar los padres Salvatierra y Píccolo desde muy poco después de llegados a California en 1697. Marchando un poco hacia el norte, localizó Salvatierra el sitio donde se fundó, poco más tarde, en marzo de 1699, la "visita" de San Juan Bautista Londó. A

su vez, Píccolo penetró hacia el sur hasta hallarse frente a la isla de Los Danzantes, así llamada por el capitán Francisco de Ortega que había visto en ella a un grupo de nativos que bailaban con gran regocijo. Cerca de allí se establecería, en 1705, la misión de San Juan Bautista Malibat-Ligüí.

Antes de que, como consecuencia de esa entrada, se fundara la referida misión, el mismo Píccolo, que tenía a su cargo el establecimiento de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, decidió hacer una salida en busca de la contracosta, es decir hacia el Pacífico. Es probable que en su mente se anularan los dos propósitos, el de establecer contacto con otros indígenas e inquirir acerca de algún buen puerto para los galeones. En varias cartas e informes proporciona noticias de esta expedición. Así, por ejemplo, escribe:

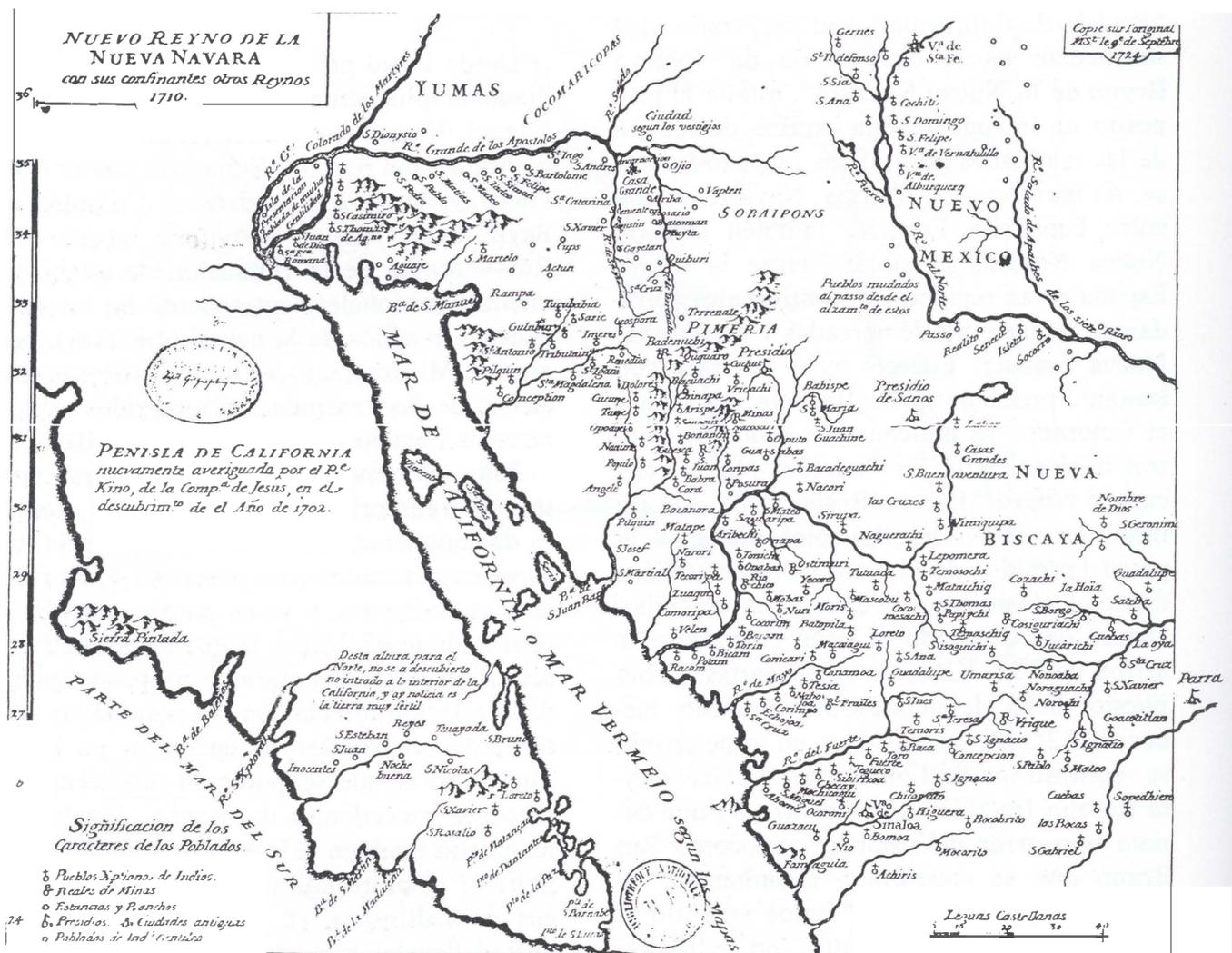


Figura 67. Copia del último mapa que delineó el padre Kino poco antes de su muerte. Al norte de la "Penisla [península] de California", en el extremo superior derecho, se lee como título del mapa, "Nuevo Reyno de la Nueva Navarra..." Esta designación habría de perdurar por varios años en otros mapas. La presente copia fue identificada por Ernest J. Burrus en la Biblioteca Nacional de París.

El martes, pues, vigilia de los santos apóstoles Simón y Judas [27 de octubre, 1699], después de legua y media de camino, dimos con el aguaje, distante de la mar como una legua . . .

Dio orden el capitán que saliésemos a ver la mar y a ver si estaban pescando los indios . . .

Caminamos un buen trecho playa arriba y playa abajo . . . y cogieron un género de conchas, hechas racimos, que arroja a la playa la misma mar; es comida muy delicada y se estima mucho en Italia; en Palermo se llaman dátiles de la mar . . .

En suma, no hay más que dos días de camino desde este paraje de Biaundó [donde escribí su informe] a la contracosta; y de mar a mar, tres días de camino descansadamente. Ésta es la sustancia de nuestra jornada . . .<sup>24</sup>

Así, si no se logró descubrir el deseado buen puerto, al menos se conoció ya algo de la geografía de la región y pudo precisarse que el ancho de la California en esa latitud era más bien reducido. Ésta que Pícolo llama “jornada” fue la segunda expedición que cruzó California de oriente a poniente. La otra había sido la ya referida de Atondo y el padre Kino en diciembre de 1684 cuando, en una latitud algo más al norte, llegó al que bautizó como “puerto de Año Nuevo”.

De regreso ya Pícolo, continuó su trabajo en la misión de San Francisco Xavier, en ese valle con abundancia de agua, llamado Biaundó por los indígenas cochimíes. El lugar tenía como entorno los montes de Viggé, una ramificación de la sierra de La Giganta.

Al cerrarse el siglo xvii, los jesuitas conocían ya las regiones vecinas a Loreto. Por el norte habían explorado en las cercanías de Londó y de otro centro misional de vida efímera, el de Dolores. Por el sur habían descendido hasta hallarse frente a la isla de Los Danzantes y, entrando además a la sierra, habían fundado la misión de San Francisco Xavier y llegado en la mencionada expedición hasta la contracosta.

Las expediciones habían sido, con razón, cautelosas. Sólo dos seguían siendo hasta entonces los misioneros, acompañados por reducidísima escolta. Si como lo manifestaba Salvatierra, al escribir a Kino por ese tiempo, el padre Pícolo llegó a delinear un mapa de lo hasta entonces explorado, debemos decir que se desconoce su paradero. En materia de descripciones geográficas nos que-

dan al menos sus ya citados informes y cartas.

La llegada en 1701 de otro jesuita, Juan de Ugarte, iba a hacer posible la expansión de las actividades misionales y, paralelamente, las exploraciones. De hecho, a Ugarte siguió pronto el arribo de otros jesuitas, Juan Basaldúa (1702), Gerónimo Minutelli (1702), Pedro de Ugarte (1704), Jaime Bravo (1705), Julián Mayorga (1707), Clemente Guillén (1714) y Everardo Hellen (1719). A varios de éstos correspondió ensanchar tanto los conocimientos geográficos como las fronteras de la cristiandad.

Importante exploración hacia el norte fue la que consumó Juan Basaldúa en 1705. En ella llegó a un lugar que dos años antes había visitado brevemente en compañía de Salvatierra. Dejando a un lado la bahía de la Concepción, se decidió a fundar otra misión, la que se llamó de Santa Rosalía, aprovechando el oasis favorecido por el río Mulegé. Desde entonces quedó abierta una trocha que unía Loreto y Mulegé (Santa Rosalía). Esa trocha marca el camino por el que hoy corre la carretera transpeninsular.

Correspondió a Juan de Ugarte, a quien se alude en algunas cartas e informes como “el atlante de la California”, hacerse cargo de la misión de San Francisco Xavier. Ahora bien, en sus afanes por expandir la acción jesuítica entre los indígenas, Ugarte consagró más tarde mucho de su esfuerzo a la exploración por tierra y mar. Entre tanto quedaron establecidas otras dos misiones, la costera de San Juan Bautista Malibat (o Ligüí) en 1705 y, en el interior, la de San José de Comodú, 1708. Como puede comprobarse, contemplando el mapa de California en el que se señala la ubicación de estas misiones, el avance, tanto al norte como al sur, proseguía pero lentamente y con gran cautela. Entre tanto, el segundo de los motivos antes mencionados como acicates en la exploración, se dejó sentir con fuerza.

A raíz de la muerte del padre Salvatierra en 1717, el también jesuita Jaime Bravo hubo de entrevistarse con el virrey Marqués de Valero, en la ciudad de México. Allí, acompañado del provincial de su orden Gaspar Roderio, alcanzó varias concesiones en apoyo de la empresa californiana. Y por cierto que, en los informes que entonces presentaron, se ve

<sup>24</sup> Pícolo, *Informe . . .*, op. cit., p. 153, 154, 157.

que, no obstante las expediciones de Kino, tanto Bravo como Rodero, seguían firmes en la creencia de que California es una “gran isla”. Al otorgar el virrey buena parte de lo que se le pedía —el pago de 25 soldados, la adquisición de dos embarcaciones . . .—, pidió a los jesuitas acometieran la tan deseada búsqueda de un puerto en la costa del Pacífico donde pudieran recibir auxilio los galeones procedentes de Manila. A su regreso a Loreto, Bravo y Juan de Ugarte, gestionaron se llevara a cabo la correspondiente expedición. Lograron ambos que el padre Clemente Guillén y el capitán del presidio de Loreto, Esteban Rodríguez Lorenzo, salieran con rumbo a la bahía Magdalena.

La expedición, de la que se conserva un diario anónimo, pero que verosímelmente se debe a Guillén, salió de Loreto el 3 de marzo de 1719. Tras una serie de peripecias, de las que da cuenta el diario, llegaron a la buscada bahía veintiún días después. Allí:

Quiso el señor capitán [Esteban Rodríguez Lorenzo] hacer por su misma persona la exploración [de la bahía], y habiendo procurado grangear a los de Arú . . . , para que guiasen, no se consiguió de ellos, mas enseñaron una senda que, seguida, llevó a los exploradores a la bahía . . .

En prosecución de su intento, salió el señor cabo por la mañana y, a las tres leguas de camino, llegó al mar enfrente de la misma punta de las montañas que forman de opuesto con esta otra tierra la gran bahía de Santa María Magdalena en el mar Pacífico. Reconocióse ser esta boca bastante hondable; porque entraban y salían por ella las ballenas, y muy ancha . . .<sup>25</sup>

En tanto que, como frutos de la expedición, se reunieron abundantes datos sobre la configuración de la bahía y acerca de la inexistencia de placeres de perlas en el Pacífico, en cambio el no haber podido encontrar agua potable fue en extremo descorazonador. Por lo pronto se sacó la conclusión de que no podía habilitarse en ese lugar un buen puerto para los galeones.

La correspondencia de los jesuitas habla luego de otros intentos con iguales propósitos de localización de un puerto. De uno, que se llevó a cabo a instancias de Juan de

Ugarte en noviembre de 1721, en una altura cercana del paralelo 28°, trataré más adelante, después de describir la que fue extraordinaria empresa, concebida y realizada por el mismo Ugarte. Persuadido de que, tanto para el abastecimiento de las misiones californianas como para cumplir con los encargos de exploración, era necesario disponer de un buen barco, ya que los que entonces se tenían no merecían tal adjetivo, decidió echarse a costas la tarea de construirlo, no obstante que, como lo expresó, había muchos “que decían, cuando se iba a fabricar, que los quemasen con las astillas del barco que se fabricase en California”. La feliz realización de sus propósitos, abrió, como veremos, una nueva etapa en las exploraciones de ese vasto territorio que tanto se resistía a volver asequibles sus secretos.

*Exploraciones en el sur y redescubrimiento de las bocas del Colorado, reafirmación del carácter peninsular de California*

Gracias, sobre todo, a la “Relación de descubrimiento del golfo de Californias o mar Lauretano”, debida al propio Ugarte, de fecha 12 de enero de 1722, y asimismo con apoyo en otras cartas e informes, puede conocerse cómo se llevó a feliz remate la construcción del barco y cómo, valiéndose de él, se avanzó hacia el sur y se exploró luego hasta la desembocadura del Colorado. Describe Ugarte en su “Relación” el modo como pudo aprovechar la madera de árboles conocidos como güeribos, que localizó en un cañón a unos cincuenta kilómetros al noroeste de Mulegé, en región en la que se erigió luego la misión de Guadalupe Huasinapí. Llevando allí a sus hacheros y carpinteros, se pasó, viviendo “bajo unos carrizos”,<sup>26</sup> cuatro meses. Cuando estuvo ya cortada la madera, la transportó en las mulas que pudo obtener de la misión de Santa Rosalía y con el auxilio de buen número de cochimíes. A principios de julio de 1720, el barco, construido cerca de la playa en Mulegé, estaba ya casi terminado. La empresa, al decir de Ugarte, requirió casi

<sup>25</sup> “Expedición a la nación guaicura en Californias y descubrimiento de la gran bahía de Santa María Magdalena en el mar Pacífico por el señor capitán don Esteban Rodríguez Lorenzo, su primer conquistador”, en Jorge Flores D. (editor), *Documentos para la historia de la Baja California*, México, 1940, p. 78-79.

<sup>26</sup> “Relación del descubrimiento del golfo de California o mar Lauretano por el padre Juan de Ugarte en el año de 1722”, en Roberto Ramos (editor), *Tres documentos sobre el descubrimiento y exploración de la Baja California . . .*, México, Editorial Jus, 1958, p. 18.



Muy pronto *El Triunfo de la Santa Cruz* realizó su primera importante travesía. Ugarte, que fungía como visitador de las misiones de California, consideró que, con el nuevo barco, había llegado el momento de avanzar hacia el sur, antes de emprender la ambiciosa exploración a la desembocadura del Colorado. Encargó, en consecuencia, al padre Clemente Guillén que, desde San Juan Bautista Malibat, marchara por tierra hasta la bahía de La Paz.<sup>28</sup> Guillén que, según vimos, tres años antes había explorado hasta otra bahía en el Pacífico, la de María Magdalena, como hombre esforzado aceptó lo que se le propuso. Por su lado Ugarte, acompañado de Jaime Bravo, el capitán William Strafford, varios marineros y algunos indígenas de Loreto, provistos de lo que estimaron necesitarían para la nueva misión, se hicieron a la vela el 1 de noviembre de 1720. Bravo en su “relación” describe así la embarcación en que viajaron:

la balandra nombrada *El Triunfo de la Santa Cruz*, fábrica la primera que se ha hecho en California, de maderas de la misma tierra, de veintisiete codos de quilla y lo correspondiente de puntal [altura de la nave desde su parte inferior hasta la cubierta principal], obra de las más fuertes y bien hechas que se han visto en estos mares. Y se destinó su primer viaje para la pacificación y reducción de la nación guaycura en el puerto de la Paz . . .<sup>29</sup>

Durante la travesía pasaron cerca de las islas del Carmen, Monserrat y Catalana. En la de San José se detuvieron para hacer contacto con los indígenas pericúes que en ella vivían. A la postre, en sólo tres días alcanzaron su destino. Clemente Guillén, que había salido por tierra un poco después, el 11 de noviembre, según lo consigna en su diario, pudo explorar parte de la sierra, así como la costa con algunos esteros desde el puerto de Loreto al de La Paz, al que llegó el 6 de diciembre. La misión de La Paz quedó así fundada el 4 de diciembre de 1720, aproximadamente en el sitio donde habían estado Hernán Cortés (1535), Francisco de Ulloa

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> “Razón de la entrada al puerto de La Paz: conquista de la nación guaycura, y fundación de la misión de Nuestra Señora del Pilar en California, en el año de 1720, por el padre Jaime Bravo”, en Miguel León-Portilla (editor), *Testimonios Sudcalifornianos, Nueva entrada y establecimiento en el puerto de La Paz*, México, UNAM, 1970, p. 25.

(1539), Sebastián Vizcaíno (1596) y el almirante Atondo con el padre Kino (1683).

Desde La Paz, el año siguiente de 1721 otro jesuita, Ignacio María Nápoli, continuando hacia el sur, estableció la misión de Santiago entre los guaycuras. De su viaje de exploración se conserva también otra relación de gran interés.<sup>30</sup> Por su parte el tantas veces mencionado Clemente Guillén, que en su recorrido hacia La Paz había visitado una ranchería llamada Apaté muy cerca del mar, escogió, también en 1721, ese sitio para fundar en él otro centro misional que se llamó Nuestra Señora de los Dolores. De este modo, poco a poco, reconociendo primero el terreno, los jesuitas en sus relaciones, cartas y mapas podían informar sobre lo que realmente era la California.

Antes de que concluyera el año de 1721 el mismo Ugarte dispuso otras dos exploraciones que tenía como de la máxima importancia. Una, por tierra, se dirigiría hacia el Pacífico, en busca, una vez más, del posible puerto para abastecer a los galeones. La otra, por mar, debía explorar el interior del mar de Cortés hasta las bocas del Colorado. La intención era saber de una vez por todas si California era o no una isla.

Para la expedición por tierra se comisionó a los padres Sebastián Sistiaga, de Santa Rosalía de Mulegé y Everardo Hellen, que laboraba desde 1720 en el que era hasta entonces puesto misional más norteño, Guadalupe Huasinapí, cerca de donde Ugarte había encontrado los árboles para su balandra.

Antes de que los dichos emprendieran su jornada exploratoria, Ugarte a mediados de mayo del mismo 1721 zarpó de Loreto llevando consigo, veinte hombres en *El Triunfo de la Santa Cruz* y ocho más en una balandri-lla, la *Santa Bárbara*. En el grupo estaban el piloto de origen inglés Guillermo Strafford, cinco marineros, uno extremeño, otro montañés, uno irlandés, otro del Perú y un criollo novohispano, así como quince cochimíes. Por lo que toca a la balandri-lla en ella viajaron otros cinco indígenas cochimíes, dos “chinos” (probablemente filipinos) y “un indio de la otra banda”, (verosíblemente un ya-

<sup>30</sup> Véase: “Relación del padre Ignacio María Nápoli sobre su primera entrada en los Coras, 1721”, en Roberto Ramos (editor), *Memoria del Primer Congreso de Historia Regional*, 2 v., Mexicali, B.C., Gobierno del Estado de Baja California, 1958, t. I, p. 273-306.

qui). Como puede verse, parece haber sido un destino constante en las exploraciones en California que en ellas participaran gentes de los más variados orígenes.

Tanto en la “relación” de Ugarte como en la “descripción” que años más tarde escribió Strafford de lo que conocía del mar de Cortés, tenemos información de primera mano acerca de este viaje que en verdad se asemeja a uno de aventuras. El recorrido fue pasar, desde Loreto a “la otra banda”, específicamente al norte de la hoy llamada isla de Tiburón donde se entró en comunicación con los seris. De allí, yendo siempre cerca de la costa, se avanzó hacia el noroeste hasta la boca del río de Caborca. Allí el misionero también jesuita, venido desde la cabecera de Caborca, les proporcionó algunos bastimentos. El viaje se prosiguió cruzando de nuevo el mar de Cortés, lo que llevó tres días. Ugarte habla de una ensenada —¿la del puerto de San Felipe?— a la que llegaron y en la que estuvieron a punto de perder la balandrilla. Los indígenas de ese lugar tenían ya objetos de cerámica: “nos dieron ollas y tan perfectas que dudo a torno se hicieran más delgadas, y traje de ellas para que las vieran los padres, y conservo en mi poder una . . .”<sup>31</sup> Al hablar de esto, pondera Ugarte las cualidades de los cochimíes a los que cree pertenecían quienes le dieron esas ollas:

es nación, la de los cochimíes de California, noble por su genio, es dilatada [extendida], porque hasta donde llegamos coge y de un mar a otro, tiene religión, aunque falsa, observante de sus ritos gentiles . . .<sup>32</sup>

Continuando la navegación al norte, describe, como lo había hecho casi dos siglos antes el capitán Ulloa, cómo “las aguas del mar [estaban] turbadas . . . , unas veces coloradas como suelen en las avenidas de los ríos, otras amarillas, otras musgas del color del chocolate quemado, sin verse el color ordinario de las aguas del mar . . .”<sup>33</sup>

Por fin, tanto la balandrilla como *El Triunfo de la Santa Cruz* se encontraron ya frente a las bocas del Colorado. Allí:

<sup>31</sup> Ugarte, “Relación del descubrimiento del golfo de California o mar Lauretano . . .”, *op. cit.*, p. 41.

<sup>32</sup> *Loc. cit.*

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 42.

Habíamos tenido ya dos avenidas del río Colorado, que como estaba cerca, la palizada que traía balsas de zacate y otras basuras . . .

Cuando llegamos a emparejar con el río Colorado, deseaban todos que entrásemos en él pero yo, advirtiendo que las dos noches anteriores, a la parte del nordeste, había tenido turbonadas con mucha fuerza de truenos y relámpagos de donde se habían originado las dos avenidas del río, recelando que si nos cogía dentro de la caja del río alguna avenida, con la palizada que viniese sobre el barco, nos pudiese suceder algún trabajo . . . , dije que no era de parecer que entrásemos al río Colorado . . .<sup>34</sup>

Teniendo por suficiente prueba cuanto habían observado, incluyendo las crecientes, flujo y reflujo “cada seis horas”, todo ello consecuencia de encontrarse allí el término del mar con el desemboque del río, determinó Ugarte emprender el regreso. Era entonces mediados de julio o sea que cerca de dos meses habían transcurrido desde el inicio de la expedición.

Ugarte describe luego la ruta y peripecias del regreso: litoral del norte de Sonora, isla de Tiburón y, de allí, hacia las costas de California para avanzar hacia el sur a través del canal de Salsipuedes, entre la tierra firme y tres islas de las cuales la mayor es la de San Lorenzo. En ese punto, lejos de avanzar, se vieron forzados a volver proa una vez más a Tiburón. En medio de nuevas tempestades, tras abandonar Tiburón, pudieron cruzar el mar de Cortés. Avistando la isla de la Tortuga, pudieron anticipar que se hallaban ya cerca de Mulegé. Después de reponerse algunos días en esa misión, Ugarte y sus hombres continuaron hacia Loreto en donde felizmente desembarcaron el 15 de septiembre, cuatro meses después de haber salido.

Para Ugarte esta expedición disipaba toda duda. Mostrándose muy enterado de lo que otros habían expresado sobre el perfil geográfico de California, habla de los descubrimientos de Kino y explica por qué, a su juicio, éste nunca pudo pasar realmente a la península. Señala que el contra maestre, que luego tuvo a su cargo la balandrilla, había estado “siguiendo un mapa antiguo que ponía este golfo cerrado”, refiriéndose no al mar de Cortés sino al que se conoce como “golfo o bahía de Santa Clara” al que, según Ugarte, Kino había confundido creyendo era el ex-

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 42-43.

tremo del mar de Cortés. También nota Ugarte que lo que han contemplado y comprobado,

está muy distinto de lo que los antiguos y los modernos han pintado; por no divertir [desviarme] no hago mención por ahora de las demarcaciones que he visto, y de gente que se precia, y en la realidad tiene eminencia en la náutica y en la geografía, y nos dan a la luz pública sus obras, como el holandés que en un atlas impreso en el año [16]81, pone la demarcación de este golfo por estrecho que desemboca al estrecho de Anián . . ., siendo así que arriba de 32° hasta la costa de Californias . . ., donde remata la serrañía de Californias, y está tan cerca una tierra de otra que, habiendo entrado a cualquiera de las dos costas que se hubieran arrimado lo hubieran visto [el término del golfo], y ninguno que hubiera saludado los primeros principios de la geografía hubiera cometido semejante yerro. Unos a otros se han trasladado o copiado, donde hay muchas islas, no ponen ninguna; donde no la hay, ponen la isla de oro, y en tierra firme, casi en el mismo paralelo, la laguna de oro . . .<sup>35</sup>

La relación de Ugarte y otros informes pertinentes acerca de esta expedición iban a difundirse a través sobre todo de la obra de Miguel Venegas, *Empresas apostólicas de los padres de la Compañía de Jesús . . . obradas en la conquista de Californias*, terminada de escribir en 1739. Sin embargo, en esa obra, lejos de aceptarse como hecho comprobado que California era una península, su autor contradice a Ugarte, empleando los más variados argumentos, citando mapas publicados, así como testimonios supuestos o reales de Drake y de un piloto llamado Morera que sostenía haber cruzado el estrecho de Anián. Sin entrar aquí en detalles, bastará con aducir el título del largo capítulo x, libro VIII, de las *Empresas*, dedicado a refutar a Ugarte: “Dispútase el passo por tierra y aún no queda averiguado que lo haiga” [sic].<sup>36</sup>

Mucho más atinado se comportó en cambio el padre Andrés Marcos Burriel, que tuvo a su cargo revisar en España el manuscrito de Venegas para su publicación. Burriel, que era hombre de sólida formación, incluso en lo

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>36</sup> Miguel Venegas, manuscrito original de su obra: *Empresas apostólicas de los PP. Missioneros de la Compañía de Jesús, de la Provincia de Nueva España, obradas en la conquista de Californias*, reproducción facsimilar, edición y estudios de W. Michael Mathes, 5 v., La Paz, Universidad de Baja California Sur, 1979, t. IV, fol. 489.

tocante a geografía y cartografía, conocedor de lo que más tarde informó otro explorador jesuita, el padre Fernando Consag, modificó enteramente en este punto lo escrito por Venegas.

El extracto que tengo delante, de la relación de este viaje [o sea el resumen incluido por Venegas] no añade las noticias individuales de cada cosa, las cuales copiaría yo de mejor gana [es decir el texto original de Ugarte], que todo lo referido hasta aquí, porque sería más útil este conocimiento que la relación circunstanciada de todo lo demás. Conténtome, pues, con decir finalmente que se logró el fin principal de la navegación que fue saber de cierto si la California era isla o no, sino península unida al continente de Nueva España. Vióse ser ciertamente península, sin mediar otra cosa entre ella y la Pimería que el río Colorado.<sup>37</sup>

Y añade Burriel acerca de los que pretendían que los galeones de Filipinas entrasen por el supuesto estrecho para pasar luego por él al mar de Cortés, que tal canal no existía. Sin embargo, como indicio de lo arraigada que estaba la idea de una posible comunicación entre ese mar con el Pacífico por el rumbo del norte, nota:

aun cuando dicho golfo [el de California] se comunicase por algún canal al mar del Sur [el Pacífico], era imposible esta navegación [la de los galeones], por ser tan borrascoso, de tan corto fondo, y tan dividido en canales de rápidas corrientes, el golfo hacia el norte, que no podría sufrir navíos de tanto porte como son los galeones de Filipinas.<sup>38</sup>

Recuerda luego Burriel, al enmendar la obra de Venegas, que Ugarte al enviar su “relación” al virrey, le manifestó que junto con ella le hacía llegar “la demarcación [mapa de demarcación] que ha hecho el piloto y yo”. Y añade Burriel que, por más pesquisas que hizo en España y escribiendo a México, “no se ha encontrado”, lo que le parece en extremo lamentable, puesto que

los mapas hechos en semejantes expediciones sobre los mismos sitios, son esenciales para dar noticia cumplida de los descubrimientos, y estos

<sup>37</sup> Andrés Marcos Burriel, editor en España de la obra de Miguel Venegas que publicó con el título de *Noticia de California y de su conquista espiritual y temporal*, 3 v. [Madrid, 1757], reimpressa en México, Editorial Layac, 1944, t. II, p. 232-233.

<sup>38</sup> *Loc. cit.*

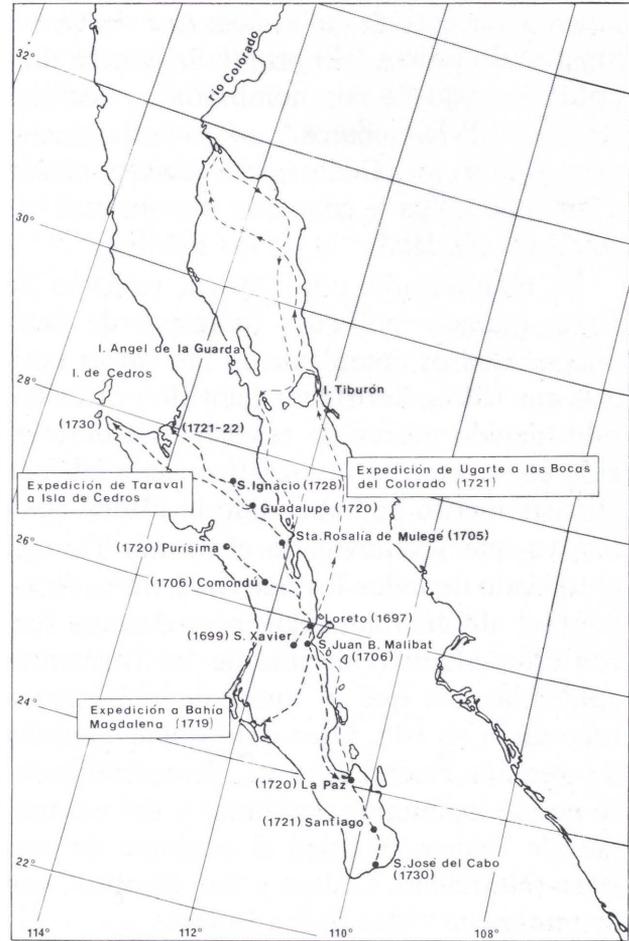
mapas bien hechos son el fruto principal de estas empresas . . .<sup>39</sup>

Según habremos de verlo en el siguiente capítulo, Burriel que hasta 1754 no dio por concluida su tarea de revisar, corregir y enriquecer el prolijo manuscrito de Venegas, puso muy especial empeño en reunir cuanta información le fue dado tocante a las características geográficas de California, entendida ésta en su sentido más amplio. O sea que, al afanarse por reunir testimonios de toda índole —relaciones, mapas resultado de expediciones y otros de la cartografía universal— quería abarcar la gran cuestión del perfil noroccidental del Nuevo Mundo. En su opinión, que muchos otros compartían, así era como debía plantearse la pregunta específica sobre la insularidad o peninsularidad de “las Californias” que llegaban, por lo menos, hasta más allá del cabo Mendocino.

En función de ese planteamiento tomó Burriel muy en cuenta los resultados de otras expediciones, en particular las que llevó a cabo el también jesuita Fernando Consag en 1746 y 1751, al igual que otros testimonios de navegantes ingleses, cartógrafos franceses y aun algunas noticias procedentes de Rusia, ya que precisamente a mediados del siglo XVIII los respectivos países manifestaban interés por explorar y penetrar en el noroeste de la América Septentrional. Reservando para el próximo capítulo la consideración de todo esto —y de otras expediciones posteriores de las que no pudo dar ya noticia Burriel en su obra publicada en 1757— haré ya tan sólo referencia a dos salidas más hacia el Pacífico en busca del tan requerido puerto para beneficio de los galeones de Manila.

Correspondió al padre Ugarte encargarse de la primera de dichas expediciones —según se dijo ya— a los padres Sebastián Sistiaga, misionero en Santa Rosalía de Mulegé y Everardo Hellen de Guadalupe Huasinapí, en compañía del conocido y leal capitán Esteban Rodríguez Lorenzo. Salieron éstos con rumbo al noroeste en noviembre de 1721 o sea poco después del retorno de Ugarte de su exploración por el golfo. Tras varios días de marcha, llegaron a una latitud superior al paralelo 28°, en las costas de la que hoy se conoce como bahía de Sebastián Vizcaíno.

<sup>39</sup> *Ibid.*, t. II, p. 234.



**Figura 69.** Principales expediciones emprendidas por los jesuitas entre 1705 y 1739.

Esta vez el lugar pareció conveniente pero con la salvedad de que, habiendo agua, faltaba tierra para cultivos. El proyecto de establecer el puerto para los galeones tampoco cristalizó. Gracias al testimonio de Ugarte, consta que los expedicionarios delinearon también una carta de lo que habían descubierto.

La otra salida tuvo lugar casi nueve años después, cuando los jesuitas en su avance, lento pero sin dejar espacios no reconocidos, habían fundado ya las misiones de La Purísima (1720), San Ignacio Kadakaamán (1728) y, en el extremo sur, la de San José del Cabo entre los indígenas pericúes (marzo, 1730). Correspondió esta vez al lombardo Sigismundo Taraval avanzar desde San Ignacio con rumbo, una vez más, al Pacífico. Seis días requirió el grupo de indígenas, encabezados por Taraval, para llegar a la que se conoce hoy como punta Eugenia, un poco debajo de los 28°. De acuerdo con el relato que acerca de este viaje obtuvo e incluyó Venegas en su texto original de las *Empresas Apostólicas*, la intención de Taraval era

atraer a los nativos de las islas que desde ese lugar se divisaban.<sup>40</sup> El propio misionero describió la pequeña isla nombrada en cochimí *Afegua*, “de los pájaros”, así como la mucho más grande, de Cedros, descubierta desde 1539 por Ulloa y conocida por los nativos como *Guamalguá*, “la de las neblinas”.

Lo manifestado por Taraval respecto de flora, fauna y poblados indígenas de Guamalguá-Cedros complementa las varias noticias que Ulloa, Rodríguez Cabrillo y otros habían dejado acerca de esa isla. La descripción en su aspecto etnográfico tiene además el triste mérito de haber sido la última posible, ya que promoviendo el mismo Taraval el traslado de todos los nativos a tierra firme para ser allí cristianizados, poco después fueron éstos víctimas de una de las frecuentes epidemias, sin que ni uno solo alcanzara a regresar a su isla. Otro dato digno también de mención es que Taraval, desentendiéndose de los topónimos cochimíes y del ya antiguo de Cedros, bautizó al conjunto de esas islas (Natividad, Cedros y San Benito), con el nombre de “islas de los Dolores”.

Con esta última salida en que de hecho estuvieron aunados los propósitos de evangelizar y explorar, cabe concluir este capítulo. Abarca éste casi medio siglo de actividad exploradora de los jesuitas, movidos éstos por los tres propósitos que he enunciado, desde que, en 1683 Kino, acompañando a Atondo, entró en California hasta la jornada de Taraval (1730) y, un poco después (1734), —en medio de una gran rebelión indígena en el sur peninsular— la llegada, para reabastecerse, de un galeón al puerto y misión de San José del Cabo. Hasta entonces muy pocas veces algunos galeones y otros navegantes habían tocado el extremo sur de la península con propósitos de reabastecerse. Caso digno de recordar es el del inglés George Shelvocke que, en el *Speedwell*, desembarcó en esas latitudes en 1720. De hecho la misión de San José del Cabo no se estableció sino hasta 1730. Allí, al tiempo de la gran rebelión de los pericués en 1734, había perdido la vida —el 3 de octubre— el misionero Lorenzo Carranco. Al aparecer, poco después, el referido galeón, los que desembarcaran, pronto

tuvieran que alejarse al ver la agresiva actitud de los indígenas.

La información que sobre esto se rindió en México, influyó en que, una vez sofocado el alzamiento, se erigiera en San José del Cabo un presidio. Éste quedó organizado por el gobernador de Sinaloa, Manuel Bernal Huidobro, que había acudido a California para someter a los alzados. El presidio, con su tropa y capitán, funcionó por algún tiempo con independencia del que —desde el inicio de las misiones— existía en el puerto de Loreto. Los jesuitas lograron a la postre que ese puesto militar en San José del Cabo, quedara bajo la jurisdicción del de Loreto y, por consiguiente, a las órdenes de los mismos religiosos misioneros. A partir de entonces, se dispuso ya del tantas veces buscado establecimiento de un presidio al que pudieran llegar los galeones procedentes de Manila en busca de socorro.

Desde varios puntos de vista es posible afirmar que los esfuerzos de los jesuitas durante esta primera etapa de su actividad misionera, desde 1697 hasta 1734, no habían sido vanos. Habían localizado cerca de una docena de sitios adecuados para sus misiones, antecedentes de los principales centros de población que hasta hoy perduran. Habían realizado exploraciones tan importantes como las varias de Kino y la de Ugarte, sin disminuir la significación de otras como las de Guillén, Sistiaga, Hellen y Taraval. Frutos tangibles de algunas de esas exploraciones fueron varios mapas y otras demarcaciones geográficas y, sobre todo, la obtención de numerosos elementos de juicio —de primerísima mano— en apoyo de la peninsularidad de California. Finalmente, y casi por no dejar, en San José del Cabo se tuvo un puerto, si se quiere ya muy cerca del macizo continental novohispano, en el que no pocos galeones habrían de recibir refrigerio.

Como se verá, todos estos hechos, que mantuvieron vivo el interés por las Californias, constituyeron importante introducción al postrer y definitivo capítulo de esta historia. Estaba ya muy cercano el momento en que, no sólo se iba a reconocer cabalmente el perfil de la California peninsular sino que, en función de intereses internacionales, por ende mucho más complejos, pudo recorrerse el velo que, por tanto tiempo, mantuvo oculta

<sup>40</sup> Véase: Venegas, manuscrito de *Empresas apostólicas de los PP. Misioneros . . .*, op. cit., t. IV, fol. 391-409.



la realidad geográfica de las extensas tierras situadas en el noroeste de la América Septentrional. Cuando al fin tal cosa se logró, en medio de las rivalidades de las grandes potencias, además de conocerse, por lo menos a grandes rasgos, lo que abarcaban las Ca-

lifornias, se tuvo noticia, por primera vez en la historia, del perfil completo del Nuevo Mundo y de la situación de éste en el orbe terráqueo, vecino del Asia pero sólo en su extremo norte, en las proximidades del círculo polar ártico.

